

en países donde solo los godos han penetrado. Si la misma índole de los cantos populares y el uso constante de los germanos nos inducen á creer que no los escribieron nunca, no debe acontecer lo propio con las profecías atribuidas á Odin.

Quizá los fenicios llevaron antiguísimamente en sus excursiones este alfabeto á las costas del Báltico, más civilizadas que las orillas del Rin, y cabría en lo posible que su conocimiento permaneciera oculto entre los sacerdotes de Herta. ¿Quién sabe si los palillos con que, al decir de Tácito, echaban las suertes, estaban destinados por su disposición particular á representar letras misteriosas? En tal caso, la forma de los caracteres rúnicos se referiría á este origen. Ahora todavía llaman los alemanes *buchstaben* á las letras del alfabeto, y *stab* significa precisamente un palo, del mismo modo que *runa* en el gótico de Ulfila significa palabra, y más exactamente palabra misteriosa (31): hoy día significa este vocablo canto popular entre los finlandeses.

El alfabeto rúnico tenía dieciseis letras, como el alfabeto jónico, pero se le añadieron tres posteriormente. En lo antiguo solo se empleaban sobre piedra. No pasan del octavo siglo las más antiguas que poseemos, ni son posteriores al décimo tercio. Cada letra tiene un nombre significativo; así F, *fe*, quiere decir dinero; TH, *thur*, gigante; U, *ur*, chispa; O, *os*, puerta; R, *reid*, cabalgar, y así sucesivamente. Se han recogido mil quinientas inscripciones en caracteres rúnicos, mil trescientas de ellas en Suecia, y particularmente en el Upland, que recuerdan la memoria de hechos, y más amenudo de hombres, guerreros ó navegantes, muertos en tierra extranjera. La más antigua de que hace mención la historia fué esculpida, al decir de Sajón Gramático, por orden de Heraldo Hildetant, rey de Upsala, sobre una roca de la Blekingia. Todavía se ve en Islandia, en Borg, en el Myre Syssele, el epitafio de Kartan Olafsen convertido al cristianismo, en Noruega, por el rey Olaf Triggelsen, asesinado después en 1004 por orden de una hermosa islandesa, cuyo amor había desdafiado. Entre las demás inscripciones hay pocas que pertenezcan á la época pagana: la mayor parte son de los siglos X y XI. Sábese que más tarde fueron empleadas estas letras en los encantamientos y en las operaciones adivinatorias de los pueblos septentrionales en conformidad á lo que había enseñado Odin (32). En su consecuencia estaban trazadas sobre las armas,

(31) Tal es la opinión de F. Schlegel, combatida por muchos sabios alemanes, aunque no victoriosamente en nuestro concepto.

(32) Raban Mauro, *De inventione linguarum*, dice: *Litteras quippe, quibus utuntur Marcomanni, quos nos Nord-*

en el timón de las naves, en los cuernos de beber, y hasta en las uñas, en las palmas de las manos y en los brazos (33).

Mujeres.—No arrebatándose el hombre en estas comarcas por abrasadores instintos como en Asia, hacía menos caso en las mujeres de la hermosura que de la castidad, del valor y la prudencia. Éstas, de edad ya madura cuando se casaban, no llevaban como en Asia á sus esposos los encantos de una niña con la inteligencia y las inclinaciones de esta edad; eran capaces de raciocinar sobre su obediencia; inspiraban, pues, una adhesión más sólida y alcanzaban gran ascendiente sobre los hombres. Estos no sólo respetaban en ellas la igualdad de una misma naturaleza, sino que veneraban aquel ardor de sentimiento que las aproxima á seres superiores. Gozaban algunas de inmenso crédito como dotadas de facultades más sùtiles para profundizar lo venidero. Una de ellas acompañaba comunemente al ejército para regular los movimientos con sujeción á los oráculos. Ricibían con preferencia á las mujeres nobles en clase de rehenes. Dentro de casa hilaban y se ocupaban en obras de aguja: seguían á los hombres á la guerra, excitando su valor combatiendo algunas veces con ellos y curando á los heridos. La que ofendía el pudor no encontraba ya con quien casarse por bella y rica que fuese; el adulterio era castigado severamente. No se permitía la poligamia más que los reyes y á los magnates, como atributo honorífico. La mujer no llevaba dote á su marido; al revés, éste compraba el beneplácito de su suegro (34) á costa de ciertos donativos, que frecuentemente consistían en un par de bueyes, un caballo con su arnés correspondiente, una lanza y un escudo. En cambio regalaba la esposa una armadura completa, símbolo de la comunidad de bienes y de fatigas.

mannos vocamus, a quibus originem qui theodiscam loquuntur linguam trahunt, cum quibus carmina sua, incantationesque ac divinationes significare procurant, qui adhuc paganis ritibus involvuntur. Ap. GOLDAST, *Script. rer. aleman.*, tomo II, pág. 69, edición de Senkemberg.

(33) Véase el lib. X, cap. IV.

(34) Todavía no hace mucho tiempo que los sajones llamaban á los esponsales *Brudkopf, Brautkauf*, compra de la esposa. Véase ADELUNG, *Historia antigua de los alemanes*. La ley de los borgoñones se expresa de este modo: «Si alguno despidе á su mujer sin motivo, entréguele una suma igual á la que ha pagado por poseerla (tit. 34.)» Teodorico, rey de Italia, al dar su hija en matrimonio á Hermanfrido, rey de los turingios, le escribía: «Os avisamos que con vuestros embajadores hemos recibido por esta cosa inapreciable, según costumbre de los gentiles, el precio que nos habeis enviado, á saber: caballos con arneses de plata como conviene á semejante matrimonio.» CASIOBORO, *Var.*, IV, 1.

CAPÍTULO II

INVASIÓN DEL IMPERIO POR LOS BÁRBAROS

El precedente bosquejo, aun siendo imperfecto por la escasez de historiadores nacionales y por desdeñosa negligencia de los extranjeros, basta para demostrar que es un error grave representar la gran invasión como efecto repentino de un vértigo general, como un levantamiento en masa para arrojarse sobre el imperio, determinado ora por una liga armada que no debía tener más término que la conquista, ora por el arrollamiento de una oleada que yung-nus, expulsados de la China y confundidos equivocadamente con los hunos. Jamás se había interrumpido el movimiento, y aquellas poblaciones venidas de Oriente, semillero de naciones más bien que lo ha sido el Septentrion, se habían adelantado más ó menos, aunque sin cesar nunca de marchar hacia el Norte de Europa, empujándose y rechazándose alternativamente, combatidos por los indígenas, por los boyos, por los lectones y por los celtas. La última emigración indo-germánica arrebató á estos los países llamados actualmente Austria, Hungría, el bajo Danubio y todas las comarcas que desde allí se extienden hasta los Países Bajos con la ribera izquierda del Rin, desde Epiro hasta Estrasburgo.

Quizá el impulso de los germanos había empujado á los galos hacia los países del Mediodía, ora para incendiar á Roma, ora para saquear la Dacia y el templo de Delfos y para establecerse en la Italia superior, así como en la Galacia. Después de ellos cruzaron los teutones los Alpes en tiempo de Mario: César les estorbó enseguida ocupar la Helvecia, guiándolos Ariovisto. Cuando encontraron aquella otra oleada romana que iba en sentido contrario á invadir el país, estuvieron contenidos por ella largo tiempo, aunque no tranquilos.

Vino á ser el Danubio límite septentrional del imperio; fué guarnecido como el Rin con una lí-

nea de fortificaciones y con una trinchera de tierra desde Ratisbona hasta la confluencia del Lahn y del Rin; y mientras se hallaban así refrenadas las excursiones de los germanos no avasallados, los que se encontraban más acá de este río aceptaban los usos, la industria y la opresión de los vencedores. Roma se había propuesto en un principio exterminar á los germanos como había exterminado á los galos, ó á lo menos destruir enteramente sus costumbres, su gobierno, su lenguaje; pero el desastre de Varo demostró la imposibilidad de la empresa; y en vez de atacarlos abiertamente, se reconoció que valía más fomentar entre ellos las discordias favoreciendo ya á un pueblo, ya á otro. De este modo consiguieron los romanos aliarse algunos, como los queruscos y los bátavos, hacer á otros tributarios, como los frisones y los caninefatos, ó enervar con los goces de la civilización á sus jefes.

Sin embargo, no permanecían tranquilos sus establecimientos, y tan pronto se sublevaban los queruscos con Herminio, como cedían el territorio y la dominación á los longobardos; después Marobodo arrojaba á los boyos de sus antiguas moradas é instalaba allí nuevas poblaciones; Claudio Civilis llegaba enseguida á restablecer la fortuna de los bátavos.

La tentativa de Marobodo para fundar un gobierno al estilo romano lo hizo odioso; y si abortó el gran proyecto de Herminio de reunir á todos los germanos, á lo menos conservó la nación su originalidad y su independencia. Vencidos muchas veces los germanos por táctica romana, conservaron sus costumbres, su lengua y su gobierno en donde les fué posible; y si de vez en cuando se vanagloriaba el orgullo romano de haber destruido á aquellos enérgicos pueblos, no tardaban en desmentirle volviendo á levantarse vigorosos para

descargar nuevos golpes sobre el Capitolio, cuya roca había cesado de ser incontrastable.

Es verdad que Trajano penetró bastante adelante hacia el Nordeste, y que sus conquistas adquirieron importancia por la reducción a provincia de la Dacia, donde estableció una numerosa colonia de soldados que, mezclándose con los naturales, formara la nación valaca, orgullosa todavía de su origen romano. Bajo Marco Aurelio se adelantaron los marcomanos hasta Aquilea; y a contar desde esta época, el número de alemanes empleados por Roma en la guerra, en las magistraturas y en las colonias, se aumentó de una manera notable.

En lo interior cambiaron mil veces de residencia las tribus. Cuando tornan a aparecer los alemanes en el siglo III, habitan entre los Alpes, el Mein, el Danubio y el Rin: los sajones a lo largo del mar del Norte, desde la embocadura del Ems hasta el Eider: los suevos sobre el territorio ocupado en otro tiempo por los boyos y los nariscos. En la Germania Oriental los godos habían extendido su dominación desde el Báltico hasta el mar Negro y el Danubio; y los alanos al Norte del mar Caspio, hasta el límite de Europa y de Asia.

Había, pues, muchos siglos que duraban estos movimientos en sentidos diferentes, y nadie sería capaz de determinar sus numerosas causas. El hambre, la peste, las inundaciones, el estímulo de una patria más fértil, guerras intestinas, oráculos, rivalidades entre reyes, el amor de las conquistas, la sed del saqueo y de la sangre, arrastraban a cada pueblo a arrollar a otro. A veces un jefe de banda a la cabeza de algunos miles de parciales suyos ó de una tribu, comenzaba excursiones, luego aventurándose en la obra iba más allá de lo que se había propuesto en un principio. Abandonado el país por aquellos aventureros, no dejaba recuerdos ni deseos a gentes que llevaban consigo sus familias, sus dioses y cuanto les pertenecía.

Cuando posteriormente vieron a los romanos enervarse en su resistencia, ceder algunas de sus provincias, no oponerles en otras más que una muralla, su audacia los empujó hacia adelante. Parecióles dulce el saqueo en países cultivados y ricos, y los atrajo de un modo irresistible: tuvieron a gloria humillar a la nación que les denominaba bárbaros, y se precipitaron en masa como cuando un dique del Po llega a romperse y se derraman sus aguas por las campiñas. Pero nadie dice entonces que no hace más que empezar a correr y que su ímpetu es nuevo en un todo.

Parece que el impulso partía de lejos, porque los primeros invasores no fueron los pueblos limítrofes, sino hordas venidas de más remotos países; desde luego los hunos del Volga, después los alanos del Tanais y del Boristenes, enseguida los vándalos de la Panonia. Después de ellos vienen los godos de la Germania Septentrional, siguiéndoles los hérulos y los turingios de la Germania Central; por último, los francos de sus comarcas

meridionales y los borgoñeses de la gran Polonia (1).

Godos.—Los más notables en número son los godos. Procedentes del Asia parece que se instalaron en la península escandinava. Los cánticos nacionales y las antiguas leyendas los colocan, parte en el continente alrededor del Báltico, en un país llamado *Reid-Gothland*, probablemente entre las embocaduras del Vístula y del Oder, y parte en las islas *Ey-Gothland*, que debe ser la Escandinavia. Jornandes, escritor godo del siglo V, los hace originarios de estos países: además, aunque ignorante y testigo tardío, tenía a su alcance los autores que le habían precedido (2). Señala ya los pueblos de Ostrogotia, de Vagoth ó Vestgotia, de Suetam ó suecos, de Finnaith, que es el distrito de Finved en el Smaland, de Raumárica y de Ragárica en la Norruega meridional (3). Hay otros nombres que han sufrido tal alteración, que no se podría acomodarlos a la forma moderna. Esta división en ostrogodos ó godos orientales, y en visigodos ó godos occidentales, que tuvo por origen su posición respectiva en su península natal, fué conservada por los godos en todas sus emigraciones sucesivas (4).

Añade su tradición que salieron de la Escandinavia en tres bajeles, de los que habiéndose quedado uno atrás, los que lo montaban recibieron el nombre de gépidos, es decir, perezosos (5).

Estas pudieron quizá ser tres grandes familias de la misma nación, numerosa y guerrera, que poseían

(1) Autores que consultar: PLUTARCO, *vidas de Mario y de César*; VEL. PATÉRC., *Historia romana*; CÉSAR, *De bello gallico*; SÜETONIO, *los Césares*; TÁCITO, *anéales e historias*; DION CAS., *Historia romana*; AM. MARCEL., *ORO-SIO*, ZONARA, SIDONIO APOL., *Panegyrica et epistolæ*; SALVI., *De gubernationi Dei*; JORNANDES, *De Gertarum sive Gothorum origine et rebus gestis*; PRÓSPERO TIRO, PRÓSPERO AQUITANO, MARCELINO, IDACIO, CASIODORO *Crónicas*.

(2) Geyer (*Svea Rikes Häfder*, 96) tiene en mucho las tradiciones recogidas por Jornandes a pesar de los errores que con ellas mezcló la erudición del autor. Troya niega completamente que los godos y los gépidos pertenezcan a los pueblos germánicos. Ya antes Pinkerton negó esta derivación de la Escandia, la cual habiendo estado hasta el siglo IX llena de selvas, era incapaz de ser el semillero de tantos pueblos: y los supuso originarios del Asia, de modo que a su entender, no son más que una sola nación godos, getas y escitas.

Suhm ha compuesto una historia crítica cuyo primer volumen trata del origen de los pueblos; el segundo, del origen de los pueblos del Norte; el tercero, de la mitología escandinava y de Odin; el cuarto y el quinto de las emigraciones de las naciones godas; los demás hasta el diez, de la historia particular de Dinamarca. Trata en ella de demostrar que las tradiciones históricas de los islandeses llegan hasta 250 años antes de J. C., y ofrecen por lo menos tanta certeza como las que se conservan por Herodoto.

(3) Obr. cit., VI y sig.

(4) Según otros, no la sacaron sino de su posición respectiva en la Dacia, cuando se establecieron en ella.

(5) En la lengua alemana de la Edad Media, *beytan*, *gebeyten*, significa tardar.

mejor que cualquier otro pueblo germánico la tradición de una monarquía real hereditaria. Dependían los ostrogodos, aunque sin obedecerla, de la raza de los amalos, y los visigodos de la de los baltos, quienes se jactaban de descender de los ansos sus semidioses (6).

Siguieron en un principio las márgenes del Vístula y después la cadena de los montes Carpatos. En tiempo de los Antoninos habitaban la Prusia. Cuando la dejan, absorben ó arrollan a los hérulos, los burgundos y demás pueblos de raza vándala, acaso como los longobardos, esparcidos a lo largo del Oder y del litoral de la Pomerania y del Mecklemburgo. Avidos de hazañas y de botín, descienden al valle del Pripec, arrastran tras sí a los bastarnos, se arrojan entre los yazigos y los roxolanos, y se encuentran a la embocadura del Boristenes y del Tanais.

Una vez dueños de la Ukrania, hubieran podido establecerse en sus fértiles campiñas y en medio de sus caudalosos ríos, si el reposo no hubiese repugnado a su activa naturaleza. Desplegábase a su vista la Dacia, en donde un pueblo laborioso cultivaba un fecundísimo suelo, se enriquecía con la industria, y al que una larga paz había hecho descuidar los medios de defensa contra enemigos de quienes se creía bastante lejos.

Los godos la invadieron avanzando hasta los muros de Marcianópolis, capital de la segunda Mesia, que redimió por medio de un considerable rescate, ¡deplorable vía de salvación! Poco tardaron en presentarse de nuevo y en mayor número: el emperador Decio (250), que había ido allí en persona para combatirlos, fué testigo de la derrota de su ejército, del saqueo de su campamento y de la toma de Filipópolis; cien mil ciudadanos fueron allí exterminados. Prepárase a cortarles la retirada, a la cabeza de nuevas fuerzas; pero reducidos a combatir con el ardimiento que engendra la desesperación, salieron aun vencedores, y dieron muerte al mismo emperador. Apresurose su sucesor a dejar libre el paso a los bárbaros, quienes se retiraron llenos de un inmenso botín y recibieron de él la promesa de un tributo anual.

¿Qué medio podría emplearse mejor que este, para inspirar a los demás el deseo de tomar a su vez la ofensiva? Desde entonces no dejaron de lanzarse nuevas hordas sobre las provincias limítrofes, como sobre una presa ya segura: rechazados a veces, aparecían sin cesar de nuevo, sobre todo cuando los ejércitos se hallaban ocupados en combatir por las rivalidades de los competidores del imperio. Valeriano y Galieno opusieron un valor obstinado a estas renacientes invasiones, sin poder impedir, no obstante, que penetrasen muchas bandas, saqueándolo todo a su paso, hasta las fronteras de la Macedonia y de la Italia. Claudio que los rechazó

(6) *Balt*, valiente. Los ansos ó asos recuerdan a los arias ó héroes de la Persia.

de la península, ganó por ello el sobrenombre de Gótico, y les cogió un rico botín, sin hacer mención de los ganados y de las mujeres.

De la Ukrania, a donde se habían detenido, pasaron los godos a la costa septentrional del Euxino, de la que no tardaron en hacerse dueños. Encontráronse de esta manera a la vista de las hermosas y ricas provincias del Asia Menor, donde fijaban codiciosas miradas, y pudieron comunicarse con el Palus-Meótides, por el estrecho en que se hallaba erigida la capital del Bósforo. Decaído este Estado del poder que su situación le daba, desde donde oponía una barrera a los sármatas a la par que dominaba sobre el Ponto Euxino y el mar Negro, fué desgarrado por discordias intestinas, en medio de las cuales se recurrió a la asistencia de los godos. Montando estas barcas chatas y ligeras, que están en uso en aquellas aguas, y en cuya construcción no entra para nada el hierro, se presentaron delante de Pizio, en la última frontera de las provincias romanas, repelidos por la vez primera, volvieron a la carga y destruyeron la ciudad (7). Torciendo entonces a la costa oriental del Euxino con intención de talar el país famoso por la expedición de los argonautas, osaron atacar a Trebisonda, antigua colonia de los griegos, ciudad rica y poblada, ceñida con una doble hilera de murallas, y cuyo puerto estaba recién construido. Apoderáronse de ella de noche y por sorpresa, la saquearon y la entregaron a las llamas. Enseguida recorrieron libremente el Ponto, y llevaron a sus nuevos establecimientos del Bósforo un botín inmenso y gran multitud de esclavos.

El venturoso éxito de su audaz tentativa les estimuló a comenzar de nuevo, y con mayores fuerzas en hombres y bajeles se pusieron a navegar a lo largo de las costas occidentales del Euxino hasta el estrecho en que el Asia da frente a Europa. La guarnición de Calcedonia, aun siendo más numerosa que sus acometedores, les abandonó sus armas y las riquezas de sus habitantes. Un traidor (jamás faltó un hombre de esta especie en las guerras de Grecia) les condujo a Nicomedia, antigua residencia de los reyes de Bitinia, que fué saqueada, así como Nicea, Prusas, Apamea, Chio y todo el país que una larga paz había enriquecido y enervado. Ni aun la misma Cízico, edificada sobre un islote de la Propóntide, que había resistido al gran Mitrídates, hubiera podido evitar su ruina, si un desbordamiento exiraordinario de los ríos no hubiera contenido a los godos.

Pero atestados con los despojos de tantas comarcas equiparon en la época en que la navegación es más peligrosa entre aquellas playas, entre septiembre y mayo, una escuadra de quinientos buques de menor porte de la clase de los piratas, y destruyeron a Cízico, penetrando en el Bósforo de Tracia. Saliendo enseguida del Helesponto cruzaron entre

(7) ZÓSIMO, lib I.

las islas del mar Egeo, cayeron después sobre el Pireo y se apoderaron de la ciudad de Minerva. Dexipo reunió á toda prisa una tropa de aldeanos, á quienes se juntaron algunos soldados, y á su cabeza asaltó la escuadra enemiga, que fué incendiada par hallarse desguarnecida de tropas. Exasperados los godos (269) sembraron la desolación por toda la Grecia, donde se había borrado hasta el recuerdo de aquel patriotismo que en otros tiempos le había comunicado fuerza para repeler al innumerable ejército de los persas. Tebas, Argos, Corinto, Esparta, todo el país entre la punta oriental del Sunio y el Epiro occidental fué entrado á sangre y fuego: ya los godos marchaban sobre la Italia, cuando el indolente Galieno se apartó del seno de los deleites, y comprando una tropa de hérulos, á cuyo jefe concedió las insignias consulares, salió al encuentro de los invasores.

Pero la indisciplina del ejército romano y las disensiones que estallaron en sus filas, permitieron á los godos retirarse á las naves que les habían quedado, devastar las riberas del punto donde fué Troya, y después ir á Tracia á descansar de sus fatigas. En tiempo de Aureliano se les vió salir de nuevo de aquellas playas y de la Ucrania para presentarse delante del emperador en regular batalla, mas como quedara la victoria indecisa resultó un tratado de paz. Obligáronse los godos á suministrar dos mil ginetes al ejército romano á condición de poder retirarse sin ser inquietados, dejando por rehenes los hijos de los principales de ellos: Aureliano hizo que se les educara con arreglo á su sexo y categoría, luego casó á las jóvenes con sus oficiales de graduación más elevada para consolidar la unión entre ambas naciones. Por su parte llamó á la Dacia á las guarniciones que fueron á reforzar el lado meridional del Danubio, á la par que los vándalos y los godos invadieron el país abandonado, donde aprendieron de los colonos, que habían preferido no abandonar aquel punto, algunas de las artes de la paz, conservaron relaciones de comercio con la otra ribera del río, y sirvieron de barrera contra nuevas irrupciones.

Hermanrico.—Poco después los ostrogodos tuvieron un héroe en Hermanrico, vástago de la raza de los amalos (332-372). De una edad ya madura cuando se entregó á los combates, obligó ó persuadió á las tribus independientes á que le aceptaran por soberano. Contentáronse los reyes de los visigodos con el título de jueces, y marchando él hacia el Norte redujo doce naciones á su obediencia: avasalló á los hérulos establecidos en derredor del Ponto Euxino, á pesar de su denuedo, y de sus fuerzas de infantería; aconteció lo propio con los venedos, que más numerosos que robustos, poblaron las llanuras donde existió y tornará á alzarse Polonia. Los hérulos del mar de Azof, los roxolanos de la Rusia oriental, los estíos de la lejana costa del Báltico, que aún conserva el nombre de Estonia, á quienes enriquecían la agricultura y la pesca del ámbar, fueron también sometidos por Hermanrico,

que imperó sobre todo el país entre el Báltico y el Danubio. Desgraciadamente para su gloria había nacido entre pueblos iliteratos, que dejaron perecer el recuerdo de expediciones que hubieran podido sostener el parangón con las de Alejandro (8).

Francos.—Así como los godos procedían del Este, una segunda invasión salió del Noroeste de la Germania. Algunos creen que la porción de los germanos que designa Tácito con el nombre de istevones, y que comprendía la confederación de los queruscios, de los sicambros, de los caucios, de los catos y de los brúcteros, tomó hacia esta época el nombre de francos (244). Favorece esta opinión la circunstancia de verlos divididos en dos pueblos, los salios y ripuarios, subdivididos también en otros muchos de menor importancia. Cuéntase que decadentes los queruscios después de Herminio y obligados á ponerse bajo la protección de los catos, se restablecieron poco á poco, y habiendo recuperado el territorio próximo al Rhin, reconquistaron su permanencia en la confederación. Entonces hubo de ser cuando tomaron el nombre de salios, del Saale, ó más bien del Isel, uno de los brazos del Rhin, para distinguirse de los otros que habían tomado su nombre de la Franconia, ó lo habían dado á esta comarca, pero de los cuales había adoptado una parte el nombre de ripuarios, porque moraban á orillas del Rhin.

Esta confederación debió comprender á los camavos, á los tubantos, á los sicambros, á los brúcteros, á los divicinos, á los amivaros, á los catos, á los atuarios y á otros, teniendo todos probablemente sus príncipes particulares, si bien unidos entre sí en la misma liga. Tal estado de cosas se mantuvo hasta los tiempos de Clodión y de Clodoveo.

Otros hacen de los francos un pueblo distinto de los germanos, porque se cortaban el cabello y se servían de la francisca en la guerra, especie de hacha á la que apenas hace dos siglos que se ha renunciado más allá del Báltico. Según ellos esta nación habitaba la Dinamarca, y quizá los países á la orilla derecha del Elba, que forman actualmente los ducados de Holstein y de Lauemburgo con una parte del Mecklemburgo; habiéndose adelantado enseguida entre el Elba y el Weser, luego hasta el Rhin, hubieron de dar su nombre á los diferentes pueblos que sometieron ó se agregaron.

Pasaron el Rhin en tiempo de Galieno é invadieron las Galias. No defendieron contra su empuje los Pirineos á España, intacta hasta entonces, que cubrieron de ruinas hasta Tarragona. Llegando á la sazón á orillas del mar se trasladaron á Mauritania, desde donde tornaron á sus selvas cargados con un botín inmenso.

Amenudo recurrieron los usurpadores á aquellos aliados fieles, hasta el momento que Aureliano los

(8) Jornandes bebió probablemente en los cantos nacionales lo poco que de ellos refiere.

repelió más allá del Rhin. Muy poco tardaron en pasarle de nuevo; y aunque Probo triunfó de ellos, nunca llegó á dominar su fiereza. Dieron una solemne prueba de su audacia cuando desde las orillas del Euxino, á donde este emperador les había confinado, no temieron aventurarse en frágiles buques al Bósforo de Tracia y al mar Egeo. Desembarcando en muchos puntos del Asia Menor y de la Grecia, saquearon el país, sorprendieron á Siracusa é hicieron una excursión al África; cruzando después el estrecho volvieron á ganar la Germania por el Océano (9); viaje apenas creíble para todo el que ignore cuanta audacia inspira la navegación del pirata.

Se les veía caer con la velocidad del rayo sobre las costas de la Armórica y de la Bélgica, saquearlas y alejarse. Más tarde, cuando Carusio se sirvió de ellos para usurpar la Bretaña, dotados de más audacia, ocuparon totalmente la isla de los batavos. Allí fueron vencidos por Constancio Cloro y trasladados á lo largo del Rhin, si bien se mostraron todavía más terribles á Constantino y á Crispo.

Alemanes.—Además tenía que combatir Roma á otra confederación ó nación principal, la de los alemanes; no hallándose en Tácito su nombre como el de los francos, se ha supuesto que designaba una liga de *hombres de todas clases* (10); que hubo de formarse posteriormente. El país al N. de la región renana, entre la ribera oriental del Rhin y la orilla meridional del Mein, estaba tan desguarnecido de habitantes, que los romanos no habían cubierto aquel lado de fortificaciones desde Vindonisa hasta Maguncia. Allí vivían errantes los suevos, que habían hecho frente á Julio César con Ariovisto. Cuando fueron derrotados siguieron algunos las banderas enemigas y se fijaron en la Galia á la orilla izquierda del Rhin, como los vangrones, los triboquios, los nemetos, antepasados de los pueblos de Worms, de Estrasburgo y de Espira; repasando otros el río se detuvieron á la orilla derecha, dilatándose por la comarca que riegan el Necker, el Mein y el Lahn.

Expulsados los boyos por Marobodo, así como otros celtas, retos, usipios, rucinos, inturgos y tenteros, se asociaron á ellos para acometer la tentativa de libertarse del yugo romano; de su mezcla se formó el gran pueblo de los alemanes, quizá en tiempo de Marco Aurelio. Presentáronse con este nombre por primera vez á orillas del Mein durante el reinado de Caracalla (11), quienes después de haber conducido un ejército contra ellos, fundó en su país á Aquæ Aurelianienses (12), y les cobró tanto

afecto, que, no contento con escoger entre ellos sus guardias, imitó su vestidura y su blonda cabellera.

Aun cuando no osaran traspasar las barreras de los romanos, no cesaron de inquietar las fronteras de la Galia, donde se ofrecían á sus ojos comarcas opulentas; atravesando posteriormente varios de ellos el Danubio, bajaron por los Alpes Réticos á Italia, donde se adelantaron hasta los muros de Rávena; y la aproximación del ejército Romano les obligó á la retirada, si bien se llevaron consigo una pingüe presa.

Otra vez trescientos mil de ellos llegaron hasta cerca de Milán, y se cuenta que Galieno los derrotó con un corto número de soldados; pero este aserto se halla desmentido por la necesidad en que aparece haberse encontrado este emperador de casarse con la hija del rey de los marcomanos, á fin de obtener la paz. En el momento que Aureliano estaba ocupado con los godos en los confines de la Iliria, empuñaron de nuevo las armas los alemanes é invadieron la Ketia con cuarenta mil ginetes y doble número de infantería; entonces se aumentó su falange y devastaron el país desde el Danubio hasta el Pó. Pero el emperador les cortó la retirada con una hábil maniobra, envolviéndolos de tal manera que les obligó á entrar en acomodos.

Aureliano desplegó ante sus embajadores toda la magestad romana. Alineadas las legiones en silencio, permanecieron sobre las armas; los principales oficiales con las insignias de su grado rodeaban el trono, detrás del cual se elevaban sobre las puntas de las lanzas las efigies de los emperadores, las águilas de oro y los títulos de las legiones. El emperador, cuyo continente magestuoso infundía respeto, acogió con altivez su demanda, y les echó en cara su perfidia, y les intimó rendirse á discreción, so pena de merecer todo su rigor.

Pero apenas le llamaron á otro punto las necesidades urgentes del momento, abrieron brecha los alemanes en aquella hilera de hombres armados, y corrieron en derechura sobre Italia talándola hasta Milán, y diseminándose en pequeños cuerpos por los valles del Adda y del Tesino. Deshicieron á los romanos en las inmediaciones de Plasencia, si bien llevaron la peor parte en Fano; y puestos con posterioridad en completa derrota junto á Pavia evacuaron la Italia. Esta invasión súbita advirtió á Aureliano de lo indispensable que era rodear de murallas á Roma, que desde entonces estaba obligada á defenderse sobre el Tiber, no sobre el Éufrates ó el Volga.

El poderío que adquirieron los alemanes, hizo que se extendiera su nombre á todos los germanos que no formaban parte de la liga de los francos; de donde se sigue que amenudo eran designados unos por otros alemanes y germanos, por lo cual es imposible distinguir las expediciones de éstos y de aquellos. Entonces parece haberse acercado á ellos los burgundiones y ocupado parte de la actual Franconia: de aquí las sangrientas guerras en que acabaron por sucumbir los alemanes. Adelantá-

(9) ZÓSIMO, I, 67. *Panegyrici veteres*, V.

(10) *Alle mann*: pero la ortografía no se adapta á esta etimología.

(11) AGATIO SCOLASTICO. *Hechos de Justiniano*, emp. lib. I.

(12) Dícese que *Baden*, si bien sería más bien en nuestro concepto *Badenweiler*.

ronse a la sazón los vencedores hacia el Mein y el Rhin, secundados por los romanos deseosos de contener á aquellos alemanes, que no respetaban de ningún modo el límite impuesto á sus excursiones.

Aún tendremos que ocuparnos de éstos en el curso de este relato, en cuanto nos lo permita la inexactitud de los cronistas, según los cuales resulta que jamás se congregaron en un solo cuerpo de nación, y fueron los últimos entre los germanos que abandonaron la vida pastoril y errante, por sentirse menos inclinados á fijarse que á extenderse en las provincias romanas. Con efecto, á últimos del siglo v ocupaban la Suiza alemana y las riberas del Rhin hasta la confluencia del Lahn; luego del otro lado del Mosela llegaban hasta el territorio de los burgundiones y se ongoñaban en las Galias hasta los Vosgos.

Colocando Diocleciano un emperador y una corte junto á la misma frontera de semejantes enemigos, logró tenerlos á raya. Constancio invadió el territorio de los francos y estorbó á los alemanes lanzarse sobre las Galias; pero muchas hordas de sármatas, de carpos, de bastarnos, consiguieron establecerse en las provincias desguarnecidas de habitantes. Si la vanidad romana se lisonjaba de ello y lo aplaudía una política de estrechas miras, no es menos cierto que el imperio acogió de este modo en su seno á la serpiente que había de mordele.

Mucho dieron que hacer los francos á Constantino, quien ejerció contra ellos á las legiones destinadas á hacerle soberano del mundo, é instituyó los juegos francos en memoria de los triunfos alcanzados sobre ellos. Crispo, su hijo, se hizo formidable á los ojos de aquellos pueblos, como también á los de los alemanes; é hizo en persona la guerra á los godos, quienes, después de haber rehecho sus fuerzas en el curso de una larga paz, se habían unido á los sármatas del Palus-Meótides. Habiendo devastado la Iliria se vieron obligados á emprender una retirada vergonzosa. Constantino los persiguió hasta su país, pasando el Danubio por el puente de Trajano, que mandó reparar sin tardanza. Reducidos los godos á implorar la paz se comprometieron á proporcionarle cuarenta mil soldados.

Otros bárbaros.—Vecinos menos peligrosos tenía en África el imperio; pasando sus moradores del yugo de Cartago al de Roma, vivían, ya que no dóciles, tranquilos. En tiempo de Calígula había sido reducida á provincia la Mauritania. Fueron fundadas colonias en tiempo de Claudio junto al límite del gran desierto, donde se construyó la ciudad de Sale, tan adelante en las tierras del actual país de Marruecos, que eran asaltadas amenudo por manadas de elefantes salvajes. Allí se volvió á levantar Cartago que comprendía veintidos basílicas, y vió reunirse diecinueve concilios, y que se comunicaba por ocho caminos con las ciudades marítimas de África procunsular, y con las medi-

terráneas de la Numidia. Desde Constantina, adornada de un arco triunfal y sede de dos concilios, salían cuatro caminos á las principales ciudades de la Numidia. Hippona, plaza fuerte, comercial y habitada por muchos hebreos, fué célebre por el obispo San Agustín y por el concilio en que se dieron cánones á la Iglesia de África.

Se puede decir, pues, que los romanos ocupaban todo el territorio habitable del África Septentrional, porque penetraron muchas veces hasta las gargantas del Atlas. Los berberiscos, los gétulos, los moros, se lanzaban al desierto á ejercer sus rapiñas ó cultivaban los oasis, y no podían ser dominados por carecer de habitaciones fijas. Sacaban de ellos los romanos los frutos del limonero, la púrpura que recogían en sus rocas, los animales destinados á los espectáculos del anfiteatro, el marfil y los esclavos de la Nigricia.

Pero cuando la opresión y el ominoso peso de los impuestos disminuyeron la población en los países sumisos á Roma, abandonaron moros y gétulos el desierto ó las gargantas del Atlas, llegaron á apacentar sus rebaños en los campos abandonados; saqueando y huyendo alternativamente se creían obligados a vengar como un ultraje los suplicios que les imponía una autoridad no reconocida por ellos. Su audacia subió de punto á medida que decreció el poder romano, y fueron rechazando poco á poco la civilización hacia las costas. Ya al principio del siglo iv habían tomado posición algunos príncipes moros á la falda del Atlas, así como en la comarca comprendida entre el desierto y Cartago. Roma podía perder una porción de su territorio; pero como aspiraban menos á las conquistas que á la independencia, tenía ella poco que temer de sus amenazas.

Otros bárbaros rodeaban el Egipto, tales como los moros nasamonos junto á la orilla occidental del Nilo; y los árabes junto á la orilla oriental pero la Nubia y la Abisinia no estaban bajo la dominación de los romanos, quienes frecuentemente no podían hacerse obedecer en la Tabaida de la generación nueva, y para ellos extraña, de los solitarios que se había establecido allí.

A los nubios pertenecían al principio aquellos blemios que tan amenudo nombramos, perpétuos enemigos y devastadores del alto Egipto, progenitores de los modernos bisharos y ababdios. Después combatieron blemios y nubios en el país situado entre Moroe y Siene, donde de las sesentiocho ciudades tan famosas antes no quedaba más que Napata en las márgenes del Nilo. Para detener las devastaciones de los blemios, cedió Diocleciano á los nubios siete jornadas de tierra al N. de las cataratas del Nilo; tratado que cada año se confirmaba con sacrificios en la isla de Elefantina. Los nasamonos de la Libia marítima habían sido destruidos por el mismo emperador.

Muchas veces habían intentado los romanos avasallar la gran península arábiga; pero si se jactaron de algunos triunfos, descubrieron en realidad

que la naturaleza no había hecho aquellos pueblos para el yugo, ni para una civilización estable. Habíanse, pues, contentado con servirse de ellos para comerciar con la India, y ya daban el nombre de sarracenos á intrépidos bandidos que llegaban del desierto á infestar la Siria. Tomaban á veces á sueldo algunas partidas de su caballería, sin igual en el mundo por el ardor infatigable y por la docilidad de los caballos. Pero no creían tener que temer más que pequeñas excursiones por parte de un pueblo que á pesar de todo debía conquistar en breve en el discurso de noventa años más territorio que había conquistado Roma en ocho siglos.

Palmira había perdido con la libertad aquel esplendor y aquella prosperidad que le habían hecho maravilla del Oriente. Se habían enseñoreado los partos de Armenia, que entonces se extendía al oriente del Éufrates, desde Satala hasta la cordi-

llera de montes que costea el Caspio, y habiendo encumbrado al trono de Artaxat aun vástago de los Arsácidas, se hallaban de este modo en contacto con el imperio; pero cuando el predominio de la raza persa tornó á someterlos á la coyunda, Armenia recuperó su independencia, y se unió con los vínculos de la religión á los romanos.

El imperio de los Sasánidas, con el cual había tenido Roma en este período peligrosísimas luchas, llegaba por el Norte hasta el Oca y el Oxo que les separaban de los indo escitas, al Caspio y á la Albania, camino muchas veces atravesado por las irrupciones de los alanos; por el Occidente confinaba con la Georgia, la Armenia y las fronteras romanas; al Sudoeste con el Éufrates que le separaba del reino arábigo de los Mondar; al Medio día con los golfos Pérsico y Eritreo; y al Oriente la protegían de los indo escitas los montes Parsiatos.